



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Noviembre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 21

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—El estilo, por PATROCINIO DE BIEDMA.—La mujer ideal, por CONCEPCION GIMENO.—Poesías: A Venezuela, por AURELIA CASILLLO DE GONZALEZ.—Un sueño, por J. MORENO CASTELLÓ.—°, por F. RODRIGUEZ MARIN.—A una amiga, por J. A. DE TORRES.—Á D. F., por JOSÉ JURADO DE PARRA.—La lágrima, por EMILIO TORO.—Desde Cádiz á la Habana, por PATROCINIO DE BIEDMA.—El tedio, por JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.—Memoria sobre la pesquería de las Islas Canarias, por L. F. DEUS.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

XII.

LA AMBICION.

Es triste recorrer el corazon humano, sobre todo cuando se explora con el intento de ir señalando sus abismos y manifestando sus manchas: más consuela del dolor de nuestras miserias, la consideracion de que sus ruinas son cavadas por nuestras propias manos, y de que sus manchas pueden ser lavadas por una buena educacion.

Triste pensamiento el de nuestra mezquindad! Dulce esperanza la de nuestra regeneracion! Obra sublime la de nuestra redencion!

Pero á pesar de que alienta al espíritu en sus investigaciones el convencimiento de que sus propios males no son incurables, siéntese fatigado y conolido de tan penosa y triste exploracion. Créese por lo comun que guia al investigador psicólogo y al censor moralista un cierto ánimo de acritud biliosa y un cierto grado de cruel misantropía. Equivócase quien tal juzga: que todo lo humano nos afecta, y esos mismos vicios, si no en todo en parte, nos alcanzan y nos lastiman; más por lo mismo que unos los sentimos punzarnos en el alma y otros vemos que corroe las conciencias de los seres más queridos, preciso es seguir el espurgo con mano resuelta, apurar el análisis con valor y sinceridad, y seguir señalando á todos las consecuencias de sus errores para que las

teman, y las fuentes de sus vicios para que las cieguen.

Entendida así la cosa, no hay odiosidad ni furores en nuestra ingrata tarea; sino abnegacion y amor.

Continuemos, pues.

Hay en la naturaleza humana un instinto de superioridad, un amor al mando y un deseo del imperio, que grabó en ella nuestro Hacedor, reservándoles para grandes empresas. En alas de ese instinto, de ese amor y de ese deseo, el hombre debia propender incesantemente á lo más bello, á lo más cierto y á lo más justo; el corazon debia aspirar ansioso á la dicha; el pensamiento debia tener hambre de verdad y la conciencia sed de justicia. Instinto que debia labrar la preciosa paz de la vida; amor que debia construir el alcázar de la ciencia; deseo que habia de levantar el templo de nuestra inmortalidad.

Tamaño poder y tan elevado destino, se han desfigurado en manos del hombre; porque separándoles de su fin y colocándoles bajo el vergonzoso yugo de las pasiones, ha debilitado sus fuerzas y rebajado sus grandezas. Del instinto de lo bello, ha hecho la sensualidad; del amor á la verdad, el cálculo; y del deseo de justicia, la utilidad; placer, intriga, é interés se encierran en la *ambicion*, resorte miserable y débil á que quedó reducido el magnífico y casi omnipotente afán de la superioridad.

Si el hombre hubiese aspirado sin cesar á la posible felicidad terrestre por la misteriosa tendencia de su corazon á lo bello, comprometido en los floridos senderos del arte, habria llegado á los honrosos puestos reservados al ingenio, al númen y á la inspiracion; más el hombre ha preferido hacer la vida alegre á hacerla bella, hacer la conducta loca en vez de hacerla provechosa, hundir su existencia en el bullicioso piélago de los placeres terrenos, á remontarla hasta las serenas regiones de las satisfacciones puras y de los encantos celestiales. Dos direcciones podia seguir su corazon; la ascendente, que era la propia, y la descendente, que era la perjudicial; para la pri-

mera, debia aprender á volar sobre el fango del mundo con las alas de la virtud: esto le era costoso, difícil y sobre todo poco grato; y en vez de ambicionar tan hermoso triunfo, halló mejor, más fácil y más cómodo, dejarse hundir por la resbaladiza pendiente de la segunda: por eso vaciló un instante mirando al alto cielo, sintió vahidos, volvió la vista al suelo, oyó la seductora voz de la bacanal y ambicionó los placeres como cosa inmediata, más segura y más positiva. Esta direccion produjo el sibaritismo, la sensualidad, el endemonismo, la moral del placer, la religion de los vicios, los cultos de Vénus y Priapo, las fiestas de Baco y Saturno, y las modernas manifestaciones de escandaloso lujo y licenciosas costumbres. La *ambicion* trajo la podredumbre, el imperio de los apetitos, la evaporacion de los sentimientos, el mando de la pasion, la esclavitud de la razon, el hombre *bestia*, el Nabucodonosor de Babilonia, el Heliogábalo de Roma.

Si bajo otro aspecto el hombre hubiera pretendido á la sabiduría, por la noble inclinacion de su pensamiento á la verdad, por el honroso y difícil camino de la ciencia, habria alcanzado el aprecio y la posicion que merecen el trabajo, el talento y la ilustracion; más ha preferido llenar su cabeza de monstruosos sistemas ofensivos para la conciencia general, dejar á su fantasia presa de delirantes utopias que cuando ménos arrancan una carcajada y cuando más un suspiro, y poner en su lengua una elocuencia hueca, cuyo fondo es el sofisma y cuya forma es el relumbron.

Dos vías, asimismo que para el corazon, se abrian á la inteligencia humana: la de la verdad árida, dificultosa y triste, y la de la ignorancia llana, fácil y á veces deslumbradora; para la primera se necesitaba de la virtud de la constancia y de la resolucion del sacrificio; para la segunda bastaba osadía hasta la desvergüenza y malicia hasta la impiedad: el hombre se asomó á la primera y retrocedió asustado, juzgándola como poco adecuada para cruzar el mundo; entónces echó á andar resueltamente por la segunda. Esta determi-

nacion produjo al charlatan, al perorador callejero, al demagogo audaz, la política personal, el filosofismo impío y el sacerdote cismático. La *ambicion* trajo el reinado de la mentira, el método de la seducción, la práctica de las infidelidades, el predominio del interés individual sobre el bien colectivo, el tirano de los pueblos, el conculcador de la justicia, la temeridad de la traición: el hombre *trampa*, el Massaniello de Nápoles, el Lutero de Eisleben.

Si por un tercer concepto, en fin, el hombre se hubiese inclinado al bien, por la sublime tendencia de su voluntad á la virtud habría conquistado en el glorioso sendero del deber, la gratitud y la fama con que se premian la abnegación y el sacrificio: más ha escogido la ancha y cómoda vía del egoísmo y codiciado los placeres á pesar de sus manchas, los honores á pesar de su vanidad y las riquezas con el séquito de los vicios.

De las dos direcciones que ha podido comunicar á su conciencia, ha elegido la más bulliciosa, pero la más fugaz; la más esplendorosa pero la más falsa; la más mundana, pero la menos segura: y en vez de ambicionar la justicia y la caridad, aún á costa de la amargura y del martirio, ha buscado la pompa y el predominio, aún á precio del crimen y del remordimiento. Esta elección ha producido el jugador de azar, el capta-herencias, el bandido de salón, la diplomacia ramplona, la política hipócrita y el tirano de comedias. La *ambicion* ha dado esta vez de sí el imperio de las pasiones, el entronizamiento del interés, el personalismo absorbente, el método de las conspiraciones, el sistema de los enredos y el arte de los delitos: el hombre fiera, el Tiberio de Roma y el Luis Onceno de Francia.

La *ambicion* es hidra de innumerables cabezas, monstruoso compendio de todas las deformidades: es fénix sempiterno que renace de sus cenizas, fuego insaciable que engendra al par que devora y hace brotar antojos de entre las llamas en que consume sus triunfos. Atento á su idea de medro, el espíritu de la *ambicion* es tan constante en su pensamiento, como voluble en sus medios; inflexible en sus propósitos, cede y se amolda con pasmosa docilidad á cuantas condiciones se le ponen para alcanzar, y á cuantos recursos se le ocurren para obtener. Por eso, ya le vemos esperar paciente y trabajar constante con faz hipócrita; ya le hallamos atacando violento y atropellando desvergonzado con aspecto imponente: ya mina como el topo: ya salta como el tigre: ya rastrea como el aspid: ya embiste como el toro embravecido. Si le sale al paso un pesar, le torna la espalda indiferente; si la caridad le llama, sonríe y sigue su rumbo; si la justicia le ataja el paso, se enfurece y la atropella; si se le opone la virtud, blasfema é hiere. No le habéis de templanza ni de abstinencias al ambicioso sensual, ni de sinceridad y prudencia al ambicioso pedante, ni de rectitud y modestia al ambicioso soberbio. ¿Le veis alguna vez caritativo? La caridad es un disfraz. ¿Le halláis afable y obsequioso? Su finura y su oficiosidad son una máscara. ¿Le encontráis humilde, tolerante, desprendido y hasta resignado? Instrumentos son estas cualidades con que construye la escala de su *ambicion*. ¿Habeis observado su valor, su hidalguía, su esposición, su grandeza? Máquinas son con que levanta el pedestal de su soberbia. No le creáis sino cuando se elogia, no le deis fé sino cuando os demuestra sus propósitos, os comunica sus seguros planes, ú os recita sus pasados triunfos. Todo cuanto aumente sus glorias pasadas, afiance las presentes ó acelere las futuras, será verdad: todo cuanto aleje vuestra penetración de su interés, de sus maquinaciones y de sus medios, será mentira.

El ambicioso vive de la hipocresía: se agi-

ta en un carnaval perpetuo, y cambia con prodigiosa rapidez de disfraz, ofreciéndose á unos risueño, patético á otros, jovial y comunicativo para con aquellos, grave y reservado para con estos; ora religioso hasta la superstición, ora licencioso hasta el desenfreno; ya partidario del orden como un monárquico conservador, ya sostenedor del comunismo como un demagogo petrolero; y siempre falso, conspirador y egoísta. El día del éxito, la máscara cae y al verle el rostro, llora el amigo el desengaño y llora el pueblo el desencanto: aquel con oro y lágrimas: éste con oro y sangre.

Y al poco tiempo vuelve la máscara á cubrir su faz, vuelven amigo y pueblo á su alucinación, y tomando como sueño horrible la pura realidad y como dulce verdad el monstruoso engaño, dejan que siga el ambicioso su azaroso camino por entre cábalas miserables é insaciables aspiraciones.

Tal es la historia de la *ambicion*, arrastrándose bajo la presión de una aritmética fría y funesta, nutriéndose de su misma vanidad y desenvolviéndose al impulso de los cálculos más extraños y de los propósitos más repugnantes, mantiene al alma presa de una sed hidrofóbica y de una *canina* insostenible: el hidrófobo descansa mientras bebe; pero no es posible beber siempre, y apenas aparta el líquido de sus labios, nuevo incendio le abrasa el alma: el hambriento goza en tanto come; más como no se puede comer eternamente, con el último bocado se acaba el goce de la posesión y empieza el sufrimiento de una *ambicion* nueva. Un oceano de oro no basta á calmar su sed hidrópica; ni el imperio del universo su canina autocrática. ¿Qué ser más desgraciado es el ambicioso!... Y tras este aspirar incesante y este lograr inseguro y momentáneo, una muerte siempre imprevista y prematura y un adiós tristísimo á las vanidades terrestres, á que suelen contestar el llanto de las víctimas y la maldición de los pueblos. Horrible desenlace de un drama monstruoso! ¡Gran fin de una existencia pequeña! Vivir gimiendo y morir temblando: un supremo afán por coronación de tantos afanes: una sola realidad, la muerte, tras tantas mentiras, las glorias terrenas: la eternidad justiciera inexorable y enemiga, al fin de las aspiraciones ilegítimas, fugaces y adulatoras; ¡qué desencanto, qué lección y qué castigo!...

Huyamos del ambicioso desde que empieza á vivir y compadezcámosle desde que principia á agonizar.

ROMUALDO A. ESPINO.

EL ESTILO.

«El estilo es el hombre», repetimos á cada paso citando al autor de esta frase, pero sin fijarnos apenas en su sentido.

El estilo es el hombre, sí; es más que eso; es el pensamiento del hombre; es su conciencia; es su ser.

La idea reproduce la sensación de que brotó; la sensación el recuerdo; el recuerdo el hecho.

La vida del hombre está condensada, pues, en esa idea que toma vida en su vida.

La acción creadora del pensamiento es independiente de nuestra voluntad, pero no lo es el juicio que podemos formar de ella.

La idea nace espontánea, la razón es su cuna, y en ella puede dormir sueño de meditación.

Los pensamientos agitan esas especies misteriosamente engendradas, y por extraño impulso reproducidas; y de su mutuo choque brota la reflexión que los admite ó desecha.

El talento que no crea, modifica la creación, como el botánico mejora las condiciones

de belleza de una flor, que toda su ciencia sería impotente á formar.

El talento engalana la forma con el ropaje espléndido que pide á la fantasía, pero no le dá el ser.

No es, pues, una obra literaria la hija de la inteligencia, sino la hija del sentimiento.

La ternura que conmueve, la pasión que arrebatada, el himno que enardece, no son el eco de una ciencia aprendida, son el eco del llanto, del entusiasmo, de las alegrías del corazón.

La palabra que describe; la palabra que marca cual delicado cincel el contorno de lo bello; la palabra que siente y modula el sentimiento con notas sublimes que eternizan una armonía del alma, no es el fruto vano de la fantasía, no es la perspectiva de un sueño, la vaguedad de un delirio, es el molde en que se vacía la poesía para mostrarse al alcance de lo real; es la esencia palpable que flota entre el materialismo grosero y el idealismo imposible; es la historia, en fin, de las sensaciones, de los extravíos, de las virtudes, de los triunfos de su autor!...

El escritor se copia en sus escritos.... y ¿cómo no? Si aquellos pensamientos, aquellos incidentes, aquellas esperanzas, aquellas decepciones son las suyas?

Los pintores del pincel tienen los modelos en su estudio; los pintores de la palabra los llevan en el corazón.

Sus variadas combinaciones, sus dulces alegrías, sus lágrimas, sus sonrisas, sus deseos, sus placeres, sus dolores... todo se confunde y se disuelve en la expresión de su palabra!...

Una vida pura, un pensamiento tranquilo, una fé no entibiada por el dolor, una creencia religiosa fuertemente arraigada en el alma, se reflejan en las páginas perfumadas de un libro, como á través de las olas azules del Mediterráneo se descubren las arenas rizadas por las aguas.

Cuando el escritor copia el bien, sus obras le conquistan, no adictos por el capricho, sino adictos por la consideración, lo cual vale infinitamente más.

Fácil es inspirar entusiasmo, pero es muy difícil inspirar respeto.

Es mucho más ruidoso el triunfo en el primer caso; pero es más duradero, más envidiable en el segundo.

Cuando copia el extravío, el desorden, la indiferencia y la duda, entonces sus obras llevan también el sello de sus sentimientos, que procura ocultar en la imitación de ajenas extravagancias, pidiendo, sin embargo, para ellas el carácter de originalidad, y dándosela á veces en muy triste sentido.

Cuando esa originalidad sólo tiende al ridículo; cuando se contenta con moldear las sensaciones y colorar los pensamientos; cuando haciendo tela de sus ideas corta de ellas patrones para todos los gustos, y los ofrece á bajo precio, el mal no es temible; lo ridículo muere aplastado bajo su propio peso.

Pero cuando al buscar un tipo nos pinta un monstruo; cuando en un crimen inverosímil nos dá la medida de la maldad humana; cuando en un sentimiento encarna el error, entonces el mal toma vida y se propaga; la llaga que forman sus dudas, queda en el corazón de las sociedades, imperceptible en un principio, pero lenta y corrosiva como una disolución mortífera, que á través de las fibras destruye la masa vital.

Primero es una idea, después una máxima. Al nacer desconcierta las creencias, al propagarse, extraga las costumbres.

Hay una fatalidad en nuestra manera de ser, que consiste en persuadirnos á nosotros mismos de lo que no creemos, en dejar seguir al espíritu arrebatado, por un alarde necio de valor, que en el fondo nos falta, lo que nos parece peligroso.

De ahí el que el escritor materialista, el escritor impío que va y vuelve sin hallar nada nuevo sobre una idea estéril, de significación grosera; el que desenvuelve pueriles sucesos entre el lodo de miserias propias y de ajenas contiendas; el que desmenuza las bajezas más pequeñas y cree que ha ido más lejos que todos, porque ha roto para pasar el límite de lo justo y de lo verdadero, ese... ¡hace grandes prosélitos!... Ese, ¡se impone á veces á las sociedades!...

Es verdad que suelen formar su corte espíritus que moralmente valen menos que él, que seduce á los incautos ó entretiene el hastío del vicio, pero esa multitud le ofrece una especie de soberanía, y él la acepta sin preocuparse de su procedencia!...

En esas obras en que no cabe la razón ilustrada por la fé, en que la verdad no describe los afectos que siente, la poesía suele transformarse en sentimentalismo, y el sentimentalismo en panteísmo sensual.

No queriendo creer en un Dios, idea, luz, forma y vida de todo, hacen de todo un dios á la medida de su capricho.

Hacen dogmas de sus pasiones, de sus extravíos, de sus locuras; su orgullo, su ambición, su corazón mismo, su personalidad, son los dioses á que obedecen; son á la vez templo é ídolo, y crean bajo esta divinidad absurda, virtuosos del crimen, y mártires del escándalo.

El manantial que brota envenenado reparte sus aguas sin que pierdan su condición mortífera; el alma viciada, la honra escarnecida, el deber olvidado, no pueden dejar de ser un veneno social, por más que se aculten en las bellezas que puede crear el talento, en los esplendores que emanan de la poesía.

Los libros deberían llevar al frente la historia íntima del autor; sólo así podrían entregarse descuidadamente á imaginaciones sencillas, y á corazones generosos.

Una moralidad aparente, una moralidad que envuelva los ardides del mal, y las insinuaciones de la duda, es mil veces más peligrosa que la obra franca y audaz de la negación y de la perversión.

Si, el estilo es la idea, y la idea es el ser; procúrese conocer al ser antes de estudiar su estilo, como se conoce la flor antes de aspirar su aroma; la lectura no es la ocupación del hastío sino para los necios; para la razón ilustrada es el alimento de la inteligencia.

Busquemos, pues, en ese alimento las condiciones que buscamos en el que sostiene nuestro cuerpo, y no dejemos envenenar nuestro espíritu por las extravagancias de esos nuevos paganos que profesan la más peligrosa de las idolatrías; la idolatría de sus propias pasiones.

PATROCINIO DE BIEDMA.

LA MUJER IDEAL.

Á MI BELLA AMIGA CONCHA SERRANO.

La mujer nuestra existencia
Condena á dolor profundo
Ó á perpetua complacencia,
Y no hay poder en el mundo
Que revoque la sentencia.
Ayala.

ESTAMOS completamente de acuerdo con el pensamiento que ha encerrado en estos versos nuestro moderno Calderón, y creemos que dicho pensamiento merece ser elevado á la altura de axioma.

La mujer convierte fácilmente la vida del hombre en triste páramo ó en florido vergel. Siendo tan grande la reconocida influencia que sobre él ejerce, cuanto más digna, más pura, más delicada sea, más se aproximará el hombre á la perfección, y la perfección debe ser el objetivo de los dos sexos, aunque sólo podamos alcanzar una perfección relativa.

La mujer ideal reúne las perfecciones de todas las mujeres.

La mujer ideal tiene muy desarrollado en el alma el sentimiento de lo bello, y ese sentimiento la eleva por cima de todas las miserias terrenales.

La mujer ideal poetiza el deber.

¡El deber que tan rudo, frío y seco aparece ante las almas vulgares!

Esa poesía que encuentra la mujer ideal en el fondo de su alma, la hace adorable el sacrificio, encantadora la abnegación, hermoso y sublime el martirio.

El sentimiento poético la defiende de todo pensamiento impuro y le dá fuerzas para soportar la desgracia, inspirándole una santa resignación.

La mujer ideal es un ángel de luz que ilumina las nebulosidades de la vida.

La mujer ideal es en el hogar un hada benéfica que embellece cuanto toca.

La mujer ideal nos trasmite revelaciones del infinito.

Es una sibila cristiana.

Es una vestal encargada de guardar el sacro fuego del sentimiento.

Es la Memnon que á impulso de los rayos del amor produce sonoras vibraciones.

Es la paloma mística, la mensajera celeste que refleja los resplandores de la belleza suprema.

Es Poema que el pensamiento no puede analizar y que sólo comprende el corazón.

Golondrina que nos anuncia las nuevas galas de la Primavera.

Alondra que nos ofrece auroras de ventura.

Su sentimiento poético, es la nube de incienso; la esencia de las flores; los acordes del órgano y los sagrados coros, que se alzan al Creador desde el santo templo del hogar.

Al lado de la mujer ideal no hay nada prosaico, pues ella todo lo ennoblece.

Preguntaron á una mujer muy ideal, á la célebre Enriqueta Stowe, como había concebido su admirable libro «La cabaña de Tom», y contestó con gran naturalidad: *haciendo cocer la olla de la familia.*

¡Cuánta poesía encierra tan sencilla frase!

La mujer ideal no desdeña ninguna ocupación doméstica, pues para ella todo es sagrado en el hogar.

La mujer ideal es culta, y siempre debe preferirse la mujer culta á la mujer ignorante.

En un bellissimo libro de Michelet que titula «El Amor», sin duda porque amor y mujer le parecieron voces sinónimas, se encuentra este pensamiento:

«Elógiate á las mujeres que carecen de arte; yo deseo, por lo contrario, que no sólo lo posean, sino que sean capaces de las piadosas astucias que para nuestra felicidad el amor les inspira.»

¡Cuánta razón tiene este elegante escritor!

La inteligencia de la mujer conjura las tormentas del hogar.

Es muy grande la influencia que ejerce la mujer en la familia y por eso imprime en los que la rodean, el sello de su carácter.

La atmósfera moral que se respira en el hogar, forma nuestras costumbres.

En el escepticismo de lord Byron, hay algo de la causticidad, de la glacial indiferencia, de la ironía incisiva, de la autora de sus días.

En el fervor religioso de Lamartine y Chateaubriand, se adivina la piedad y la ternura de las devotas almas de sus madres.

Maggia, la madre de Rafael, mecía la cuna de su hijo en el estudio de su marido, rodeado de pájaros y flores. La infancia del sublime artista se deslizó en medio de las mayores alegrías, y como su mirada contempló siempre semblantes serenos y placenteros, se grabaron en su mente imágenes dulces y seductoras. Sus ojos reflejaban el candor de su alma, candor que supo transmitir á los inocentes y expresivos rostros de sus madonnas.

Los seres desgraciados que viven en hogares turbulentos, llevan la huella del desencanto y la amargura.

No hay nada más horrible que las luchas del hogar: los más valientes guerreros se asustan de las batallas domésticas.

Compadece á esas criaturas que viven con los individuos de su familia en constantes colisiones: no les preguntes si creen en el amor ó en la amistad. Con el tósigo en el alma y el hielo de la duda en el corazón,

vagan errantes sin lazo que les ligue á la vida; sin ilusiones rientes, sin esperanzas acariciadoras.

El hogar debe ser un puerto de reposo, en el agitado océano de la vida.

El alma de la mujer, cual la delicada flor del nenúfar, sólo puede vivir en lagos muy tranquilos.

La mujer debe dar á sus hijos la primera educación y para ello necesita gozar una tranquilidad absoluta.

Eduquen las madres á sus hijos, como educó Blanca de Castilla á San Luis; Juana de Albret á Enrique IV; Veturia á Coriolano y Elena á Constantino.

Las mujeres deben ilustrarse, para ser poderosas aliadas y dignas colaboradoras del hombre.

¡Ilústrense, para que puedan enseñar á sus hijos la verdad!

Por medio de la cultura del entendimiento, se despojará la mujer de las preocupaciones que la esclavizan, de las puerilidades que la empuñeñe.

¡Ilústrese y se fortalecerá su alma!

Cuanto más se eleve la mujer más benigna será para su sexo: se extinguirán en su alma las pequeñas pasiones y podrá ser amiga de otra mujer.

Hasta ahora la mujer ha visto en cada mujer una rival; y muchas mujeres capaces de las mayores abnegaciones hacia el sexo fuerte, han guardado para el suyo la más refinada crueldad, viéndose en ellas algo del espíritu satánico que animó á la Montespan contra Luisa de La Valiere; á Juana Straford contra la hermosa Ana Bolena; á Isabel de Inglaterra contra María Estuardo.

Por eso ha dicho Rochembrune: «Es más fácil á una mujer defender su virtud contra los hombres, que su reputación contra las mujeres.»

¡Dolorosa verdad!

Á excepción de seres dotados de alma muy superior, cuando se reúnen dos mujeres, cada lengua se convierte en una catapulta, que arroja saetas envenenadas contra las que llevan el título de amigas.

Lean las mujeres una bonita novela de Feuillet, titulada *Le journal d'une femme*, y en ella aprenderán á respetar y amar á las de su sexo. Allí verán el valor moral de una mujer, sacrificando su dicha á la de otra mujer. Allí verán que el sentimiento poético inspira á la sublime Carlota las más altas abnegaciones, las más ilimitadas generosidades.

Procure idealizarse la mujer y se convertirá en número del artista y musa del poeta.

La mujer ha sido la inspiradora de todas las bellas creaciones.

Si en nuestros días, se ven pocos rasgos heroicos, pocos actos sublimes, pocas acciones grandes, es porque falta en la mujer, el entusiasmo sagrado que anima al hombre, impulsándole á realizar las más árduas empresas.

Hoy la mayor parte de nuestras mujeres se agitan convulsas por la fiebre del cerebro, abrasadas en una ardiente sed de goces; cuentan los días de la semana por el número de las fiestas á que pueden asistir; y son indiferentes á cuanto no sea exhibirse, lucir trajes, causar deslumbramiento con sus soberbios trenes y derrotar á sus rivales.

El torbellino social las arrastra; y como es constante el movimiento en que viven, no hay una tregua, no hay un paréntesis, en el cual pueda despertar a conciencia sacándolas de su aturdimiento é increpándolas severamente, por faltar á su misión.

Estas mujeres son desdichadísimas: con el sentido moral completamente extraviado, con un criterio muy erróneo, quieren buscar la dicha fuera del hogar, sin comprender, que sólo en él, puede encontrarse.

Estas mujeres, insaciables para las punibles satisfacciones de la vanidad, aunque se hallen en los teatros, en los paseos y en los bailes; el brillo de los diamantes que ostentan, es impotente para ocultar la nube de tristeza que cubre sus frentes.

La belleza de estas mujeres se marchita pronto, porque como la oruga á la flor, las corroe la enfermedad del siglo; que consiste en una ambición jamás saciada, en el anhelo de obtener más de lo que poseen, en el afán de lo inasequible, en los deseos sin meta, en las utopías irrealizables, en los sueños imposibles.

Nos creemos autorizados á decir estas verdades á la mujer, porque hemos consagrado un libro de más de

200 páginas (1) á enaltecerla, á la reivindicación de sus derechos, á contestar á las impugnaciones que se le han dirigido, cuando éstas han sido injustas. Después de haber hecho de ella los más entusiastas panegíricos, nuestra voz amiga debe inspirarle confianza, y deben creer ciegamente que no les daríamos nunca una pócima amarga, sin la esperanza de devolverles la salud.

Si sólo tiene la mujer apologistas ó detractores, nunca se conocerá á sí misma, jamás sabrá lo que es y lo que puede ser.

Despierte la mujer del letargo en que vive, salga de ese nihilismo desconsolador y podrá dar más alto vuelo á las concepciones del poeta, más inspiración al cincel del artista, más variedad de tonos á la paleta del pintor.

Eleve su alma y será más respetada de la mujer: no se hablará de ella como de una cosa fútil, despertará ideas serias y no será comparada á ténue gasa, á ligera nube, ó á diáfano encaje.

Entonces no inspirará los versos que hemos leído en un drama inédito de un gran poeta amigo nuestro: versos en los cuales hay que perdonar la intención por la belleza de las imágenes que en ellos brillan, por la seductora forma que ha sabido darles.

Dicen así:

No puede ser:
El divino entendimiento
Fraguó con espuma y viento,
El alma de la mujer;
La espuma vemos crecer
Al pie de la peña ruda,
El viento á subir la ayuda,
Más pasado el temporal,
La espuma vuelve á cristal
El viento cesa ó se muda.

¿Puede apellidarse versátil á la mujer con más ingenio, con más habilidad, con más gracia?

Imposible.

¡Mujeres! fijad vuestras ideas, haceos reflexivas, para que no os apelliden volubles.

Mientras haya mujeres poéticas no se apagará la luz del entusiasmo en los corazones.

¡Mujeres ideales! Vosotras atesorais la ternura de las mujeres pintadas por García Gutiérrez; el idealismo de las de Petrarca, Dante y Sakespeare; la pureza de las de Rafael, la gracia de las de Tirso; la dulzura de las de Michelet; la sencillez de las de Rojas; la poesía de las de Lamartine.

Vosotras atravesais los eriales de la vida, sin perder jamás vuestras alas de ángel y vuestra majestad de diosas.

Mi encantadora amiga, á la cual dedico este artículo, es el prototipo de la mujer ideal, ha sido el original de mi retrato.

CONCEPCION GIMENO.

Madrid: 1878.

Á VENEZUELA.

Cuadro soberbio de pincel maestro,
No á mi mirada que impotente fuera
Para abarcar su inmensidad grandiosa,
Sino á la mente audaz que vuela ansiosa
Y en su veloz carrera
Domina altiva el universo entero,
Te ha presentado con colores tales
Que te admiro y te amo, y es mi anhelo
Pisar un día tu fecundo suelo.

Yo he visto ante mis ojos extenderse
Tus dilatadas costas majestuosas,
Y el mar caribe que mi nave hendía
De espuma alzaba colosales montes.
Un azul oscurísimo á lo lejos
Limitaba tus vastos horizontes,
Y atónita mi vista confundía
Con el azul del mar el de los cielos.
De tu brillante sol á los reflejos,
Cual bandada de cisnes en un lago,
Ví á Margarita, Trinidad, Tabago,

(1) *La Mujer Española*.—Guijarro, editor.—Preciados, 5 Madrid

Con otras mil que forman agrupadas
Tu cortejo fantástico de hadas.

Tras un peñasco descubrí escondida
La Guaira virginal, graciosa y pura
Violeta que se oculta conmovida,
Perla que guarda su esplendente albur.
De gozo y de pavor estremecida
Me he visto de tu *Silla* en la alta cumbre,
Y absorta he contemplado de Caracas
El valle gigantesco, que bañaba
De tu tórrido sol la regia lumbre.
¡Cuál mi oprimido pecho se ensanchaba
Avido respirando el aire puro
Que ese valle magnífico le enviaba!
Yo ví mi faz en tus hermosos lagos,
Y dilatadas de entusiasmo santo
Mis pupilas allí resplandecían,
Y de tus nubes los contornos vagos
En gasas luminosas me envolvían.
Admiré tus nelumbios, fabulosa
Flor que revela tu potente savia,
Hija digna y hermosa
De tus soberbios, caudalosos ríos;
En tus bosques espesos y sombríos
Me envolvieron tinieblas sepulcrales,
Y temblé de terror sobrecogida
Mirando tus culebras colosales.
Por último, al cruzar del Orinoco
El extendido lecho,
La frente ardiendo, trémulo mi pecho,
Admiré del Creador la omnipotencia,
Que en tí de sus grandezas hizo el foco;
En tí brillan sus altas majestades;
Todo grande es en tí, cual el que aspiras
Aire feliz de santas libertades!

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Puerto Príncipe: 1878.

UN SUEÑO.

A ***.

Voy á contarte, alma mía,
Un dulce sueño de amor,
Que no siempre es el dolor
Verdugo de mi alegría.

Tengo penas que sin calma
Las sufro, las callo y mido,
Más hoy mis penas olvido
Para consuelo del alma.

Y vengo alegre á contarte
Con un cariñoso empeño,
La ventura de mi sueño
Que me atrevo á confesarte.

Figúrate que soñaba,
Sin que esto te cause enojos,
Que en el cristal de tus ojos
Yo mismo me contemplaba.

Y al estarme contemplando
Inmóvil, mudo y perplejo,
Bendije entre mí el espejo
En que me estaba mirando.

Presa ya de un ansia loca
El alma que lo bendijo,
Con celoso afán me dijo:
«Mira el carmin de su boca.»

Y sin querer darte agravio
Y temiendo tus desdenes,
El alma alcanzó los bienes
Que dá el bendecir tu labio.

Añadiéndome también
Para acallar mi temor,
Que habrá amor para el amor
Si hay desden para el desden.

Vió á tu labio sonreír
Y creciendo su ventura,
Mirándote en su locura
El alma se quiso ir.

La pretendí sujetar,
Más hallando la ocasión
Mi rebelde corazón
También empezó á luchar.

Que era para mí pensé
De la victoria la palma;
Pero al luchar con el alma
El corazón se me fué.

Y cual la propia verdad
En sueño tan grato ví,
Que el corazón halló en tí
Del amor la caridad.

Ahora en tu presencia advierto,
Sin dar mi sueño al olvido,
Que lo mismo que dormido
Me está pasando despierto.

Y esto abona la razón
De venir con tal empeño,
Á referirte mi sueño,
No á pedirte el corazón.

Que pues se encuentra al abrigo
De tu pecho y tienes dos,
Si el tuyo me das, por Dios
Que á tí y al sueño bendigo!

José MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1878.

Dicen que estaba muerta: no lo creo.
Su semblante amarillo
Con temblorosa luz iluminaban
Débilmente los cirios.
Inmóvil y de pie junto al cadáver,
Mirándolo sombrío,
Turbaba un hombre el funeral silencio
Con ahogados gemidos.
Un dulce ser apareció en la puerta:
Era un cándido niño,
Que avanzó lentamente hasta el cadáver,
Temiendo hacer ruido.
Y ¡bendita inocencia! sonriendo,
Inclinóse solícito
Para posar sus labios, de la madre
En los labios marchitos.
Sonó el dulce rumor, y al mismo tiempo,
¡Oh admirable prodigio!
Dos lágrimas rodaron de la muerta
Por el semblante lívido.

Dicen que estaba muerta: no lo creo.
Cuando el gran lenitivo,
Cuando el tiempo á la pena del esposo
Dió radical alivio;
Cuando aún caliente el mortuario lecho,
Hallóse convertido
En tálamo nupcial, la esposa muerta
Abandonó su nicho.
Atravesó las solitarias calles,
Penetró en el recinto...
El rumor de sus pasos no ocultaba
Un rumor de suspiros...
Vió por una mujer desconocida
Ocupado aquel nido
Que acaso aún conservaba la suave
Fragancia de sus rizos.
Después, huyó á la estancia en donde solo
Dormía el huerfanito...
Después... después, cuando lució la aurora,
¡Estaba muerto el niño!

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Sevilla: 1878.

Á UNA AMIGA.

I.

Si en lago transparente, cuando reposa,
Arrojas una piedra, turbas su calma;
Y mil ondas naciendo, muestran hermosa,
Que es cual lago sereno la virgen alma.

Duermen, allá en su fondo, nuestras pasiones,
Cuando no las despiertan propios descuidos,
Y sienten las borrascas los corazones,
Al sol de nuestras dichas ántes dormidos.

¡Ah! Cuida de que siempre tu pensamiento
Brille sereno y puro cual sus cristales;
Que si una vez tan sólo muere el contento,
Como las ondas crecen, crecen los males.

No el amistoso ruego te cause enojos,
Porque es el resultado de mi experiencia;
Dulces labios del alma, tus lindos ojos
Hablen siempre el idioma de la inocencia.

Y del primer descuido, ¡qué triste día!
Como el caudal de un río crece el llanto:
Secándose va el cauce de la alegría,
Y crece con sus aguas el del quebranto.

Vé la piedra que arrojas de una pendiente,
Cuál de nuestros errores el paso imita;
Si al principio bajaba pausadamente,
Al final, como el rayo se precipita.

Á las dormidas aves vá despertando,
Y sus sueños de gloria les arrebató;
Después cuando con furia sigue bajando,
Después no las despierta... después, las mata.

Son pájaros dormidos los sentimientos
En el alma inocente; nuestros errores
Á la vida los hacen nacer contentos,
Pero luego los matan los sinsabores.

II.

Si tarde á tus oídos llega el consejo,
Y radiante no luce tu bella frente,
Ni tus ojos del cielo son claro espejo,
Y en la aurora del alma gimes doliente,

No eterno será el lloro: que en lontananza,
Un horizonte brilla de luz más pura,
Do vemos á la Virgen de la Esperanza
Señalar con el dedo mayor ventura.

Esperanza! Sí, aún queda; no el desconsuelo
Haga de la ventura nube ilusoria;
Si la fé al que se enmienda promete un cielo,
¿Ha de matar el mundo toda la gloria?

No culpo á tu imprudencia; será posible
Que no tengas la culpa de tus pesares...
¡Quién se embarca en serena tarde apacible,
Las borrascas ignora que hay en los mares!

Tenemos por maestros á los errores,
Y un error enmendado nos da el acierto:
La senda de tu vida cubre de flores,
Que muere la esperanza sólo en el muerto.

Pero insensato el vulgo, culpa igualmente,
Si por falsa á la enmienda, por torpe al daño;
Oculta tus errores discretamente;
¡Hay tantos que vivimos con el engaño!

Muchos, que juzgan siempre los corazones
Por el suyo mezquino, dirán: «¿Qué objeto
Llevarán escondido tales razones?
¿Te costará muy caro tan ruin secreto?»

Móvil interesado, niña adorada,
Suponen los que nunca sabrán hacerlas,
En todas las acciones que son honradas,
Para evitarse el peso de agradecerlas.

J. A. DE TORRE.

Sevilla: 1878.

A D. F.

¡Te amo como á los céfiros las flores,
Como al nido la tierna golondrina,
Como el pintor la inspiración divina,
Como el iris sus célicos colores.

Te amo como al laúd los trovadores,
Como al oasis ama el que camina,
Como el sediento al agua cristalina,
Como al bosque los pardos ruiseñores.

Te amo cual ama el pájaro sus alas,
Como quieren las perlas á los mares,
Como el marino el bonancible viento:
Tanto cual la coqueta ama sus galas,
Tanto como me afligen tus pesares,
Tanto como en sí abarca el pensamiento!

JOSÉ JURADO DE PARRA.

Baeza: 1878.

LA LÁGRIMA.

Oh! copa del dolor! ven y recibe
Esta lágrima ardiente que ahora vierto...
Fertiliza con ella ese desierto
Triste y estéril en que mi alma vive!

Jamás el bello sol de la esperanza
Ha iluminado mi existencia triste...

Dentro del pecho ni una flor existe,
Espinas sólo el corazón alcanza!...

Y el mundo rie porque débil lloro,
Y con mi afán y angustia me abandona;
¿Por qué llegué á nacer?... Mas ¡ay! perdona
No me duele vivir porque te adoro.

Te adoro, pese al mundo, porque el cielo
Me diera un corazón y un alma ardiente...
Y es tu amor para mí la pura fuente
Do bebe el seco labio con anhelo!...

EMILIO TORO.

Londres: 1878.

DESDE CÁDIZ Á LA HABANA.

Á MI BELLA PRIMA MARÍA DE LA ENCARNACION DE
ROBLES Y ZÚÑIGA, HIJA DEL MARQUÉS DE CÚLLAR
DE BAZA.

El mismo título que llevan estas páginas, mi querida
María, tenían las de una cartera que, perdida por su dueño,
vino á dar por desgracia en mi poder cuando es ya cosa
sabida que las *gentes de letras* no servimos para guardar
un secreto.

Según las confidencias escritas en la misteriosa cartera,
se viene en conocimiento de que es muy expuesto *amar sin
saber á quién*, y como el desengaño del joven que las escribe
puede ser una lección ó un consejo para los que aún no
han amado, yo creo hacer un bien con que éste sea conocido,
y las publico confiándotelas á tí, para poder decir que
están en buenas manos.

I.

¡Qué impresión tan grande, tan nueva, tan incomparable
produjo en mí la vista del Océano! Aquella inmensa ondula-
ción de aguas, que se abrillantan con chispas de luz; aquel
oscilar de reflejos entre la desmenuzada nieve de la espuma;
aquella tersa llanura, azul como lo infinito, movable,
rumorosa, que semeja una alfombra de seda sobre la cual
palpitan esparcidas las blanquitas plumas desprendidas
de las aves del cielo, y todo aquel magnífico conjunto de
colores, de movimiento, de armonía, dominó mi espíritu de
tal modo, que el primer sentimiento que inspiró en mi alma
fué de admiración hacia su Autor sublime!

¡Sí, yo exclamé ante el mar como Dante ante Beatriz:
«Que el que ha hecho tan bella obra sea bendito!»

Y compadecí de toda corazón á los que citando á Dios
ante el mezquino tribunal de su soberbia, se quejan de no
ser atendidos en su demanda impía, y cierran los ojos ante
la grandeza reveladora de sus obras.

Desde la cubierta del vapor á cuyo bordo me hallaba, el
mar aparecía como un ancho lago en cuya orilla se agrupan
gracioso pueblecitos, como bandadas de palomas que
se detuviesen á beber en sus aguas. El movimiento del
puerto á la salida del correo animaba de una manera caracter-
ística el bello cuadro que yo contemplaba con placer.

Tenía, sin embargo, impaciencia por partir.

Deseara encontrarme en las soledades del Océano, y abismar
mi alma en aquellas inmensidades azules que mi pensamiento
se fingía.

Al fin el cañon, con un sonoro estampido dijo «adiós» á
Cádiz, y el buque, deslizándose sobre las aguas rápida y
gallardamente, salió de la bahía.

En pos de sí trazaba un surco de hervorosa espuma que
en ondas brillantes se dilataba en las movibles olas.

Los buques anclados en el puerto se iban quedando tan
lentos que sus arboladuras parecían ya ramificaciones de un
bosque oculto en las aguas.

En breve el mar pareció envolverlo todo: una llanura
líquida y temblorosa nos rodeó por todas partes, y la tierra,
que semejaba una faja gris hacia el Oriente, desapareció
por completo á nuestra vista.

Un sentimiento vago de tristeza se apoderó de mi espíritu
al ver desaparecer ese querido suelo de España, en el
cual quedaban todos los recuerdos de mi juventud, todas
esas primeras afecciones que son la bella florecencia de la
primavera de la vida.

¿Quién no deja en pos de sí, al separarse del lugar en que
ha nacido, una memoria querida?... ¿Quién no siente los
recuerdos flotar en el pensamiento, como mariposas que
despantan á un choque brusco de las sensaciones y vuelan
pesadamente buscando aquellas flores ideales que ya jamás
hallarán?...
¡Ah! que el olvido es una de tantas mentiras dulces como
fingimos á cada paso creer.

El hombre deja en pos de sí la memoria viva, inextinguible
de sus acciones y sus sentimientos, bien así como el prudente
Sancho Panza dejaba al partir esparcidos los tallos de retama
para que ellos al volver le marcasen el camino!...

Para alejar mis filosóficas ideas, que á la verdad me en-

tristecian, subí al castillo de popa á contemplar el Sol que
se inclinaba hacia Occidente.

Una nueva y maravillosa emoción dilató mi alma.

El astro del día, sin fuerza ya para enviarnos sus rayos,
se alzaba sobre el azul trasparente del vacío, como una
magnífica hostia de fuego sostenida por invisibles serafines.

Las frescas brisas de Octubre rizaban al paso las crestas
de las olas, y agrupaban graciosamente los celajes rosados
del crepúsculo!...

¡Ah, nunca podré olvidar aquel momento!...

Toda la grandeza de lo infinito surgía de aquel espacio
brillante en que cielo y mar se confundían.

Algo desconocido, algo supremo flotaba sobre aquella
claridad que refractaban las aguas.

Al inclinarse el Sol hacia aquel abismo, que parecía entre-
abrirse para recibirlo, su reflejo llenaba el espacio, como
la idea de Dios llena el pensamiento del bueno.

Cuando aquel brillante globo comenzó á hundirse en las
aguas, cuando las blancas espumas pugnaron por envolver
la estrecha franja de oro que se extendió sobre ellas, una
exclamación de entusiasmo se escapó de mis labios, y otra
exclamación igual, y que hubiera podido creerse un eco
de la mía, resonó junto á mí.

II.

Una mujer, que sin duda formaba parte de los pasaje-
ros del vapor, estaba á mi lado, y contemplaba como yo
el espectáculo crepuscular. En aquel momento en que la
luz palidecía, no era posible apreciar su edad ni las con-
diciones de su belleza, pero puedo afirmar que ésta existía,
á juzgar por la impresión que su vista me inspiró.

Yo veía un gallardo y fino talle aprisionado en un traje
de luto; unas suaves ondulaciones de rizos de oro flotan-
do por su espalda; unos reflejos cándidos en unos ojos
azules, y una blancura trasparente interrumpida por ráfagas
de rosa.

Como el hacer una travesía por mar es muy triste y abur-
rido si no se procura buscar la sociedad de los pasajeros, yo
me dirigí hacia la dama, saludándola respetuosamente.

—¡Qué hermoso es esto! exclamé.

—¡Oh, sí, muy hermoso! me contestó.

—¡Es grande como la idea de Dios! dije yo con entusias-
mo.

La viajera se sonrió y nada contestó.

Aquella sonrisa, no sé por qué, me extrañó.

¿Era una protesta? ¿Era una aprobación á mis palabras?
Difícil me hubiera sido saberlo. No conociendo, como no
conocía, á la viajera, no podía juzgar de sus sentimientos
por aquella oscilación encantadora de sus labios, que for-
maba un enigma que mi razón no podía descifrar.

—¿No cree Vd., le pregunté, que la idea de Dios se asocia
á todo lo que es grande?

—¡Oh! según sea esa asociación!

Yo la miré con asombro.

Limitar la idea del poder supremo, quitarle esa grandeza
natural con que aparece en el alma que la evoca, más
visible cuanto más sensible es ésta, me parecía una profana-
ción.

—¿Cómo quiere Vd. que se asocie esa idea que es el todo
á nuestro pensamiento que le debe su grandeza, sino de esa
manera precisa, imprescindible, con que se une la ola al
Océano que le da su fuerza, con que se une la ráfaga al
viento de que nace y como se une, en fin, la obra al
Creador?

—Puede ser, me dijo sin insistir.

Y luego, como si quisiera cambiar de conversación, me
preguntó, en tanto que miraba fijamente una de esas aves
de mar que vienen á descansar de su vuelo en los toques
de los navios:

—¿No se ha embarcado Vd. antes de ahora?

—En el Océano, nunca; en el Mediterráneo, para esas
ligeras travesías que se hacen sin perder de vista las cos-
tas, sí.

—¿Según eso, va Vd. á Cuba por primera vez?

—Sí, señora, y tengo un gran deseo de llegar.

—¡Ah!

—Sí, deseo llegar, dije yo creyendo que aquella excla-
mación me interrogaba, porque estoy seguro que ese nuevo
mundo encierra secretos de vida y de goce que el viejo
ya ha agotado.

—¡Oh! que extraña creencia en el que como Vd. es jó-
ven y debe llevar consigo la belleza y la alegría.

—La belleza siempre igual nada dice al pensamiento;
yo deseo despertar mi alma ante lo nuevo....

—Usted cree, me interrumpió con una sonrisa fría y ca-
si burlona, que eso á que llama nuevo, y que es más
propio llamar desconocido, puede dar más sensaciones y
entusiasmo?

—¡Oh! sí.

—¡Error! La Naturaleza por bella que se ostente, no
puede transmitir nada suyo á nuestros sentimientos; sólo
puede hacerse perceptible á los sentidos: la vida parte de

nosotros y no vuelve á nosotros; así sucede siempre.

—Es decir, que en ese bello cuadro que acabamos de admirar no hay más que aquello que ven nuestros ojos y oyen nuestros oídos.

—¡Nada más!

—¡Oh! ¡No y mil veces no! Sobre ese conjunto armonioso y magnífico hay algo que es como una irradiación misteriosa de otra existencia; algo que vive, que palpita, que se siente como una poesía inefable.

—¿Y que pasa tan pronto como cae un poco de sombra sobre su luz y sus colores!...

—¿Es acaso posible eternizar la sensación? El dolor, como el placer, pasan rápidamente por la vida, como los fenómenos celestes por la naturaleza.

—¡Oh! ¡Pero no pasan lo mismo! El dolor, si es verdad que pasa, deja una huella eterna, como la que marca en los valles esmaltados de flores la hirviente lava del volcán en erupción.

—No lo creo: sobre la señal candente de los dolores humanos caen para borrarla esos consuelos divinos, esas esperanzas celestiales que hacen brotar de nuevo frescas y perfumadas las flores de la vida.

—¡Ah! ¿Y me puede Vd. decir bajo qué mágica influencia pueden alcanzarnos esos dones?

—Bajo una influencia no mágica, sino celeste; bajo la influencia sublime de la fé.

—¿De la fé! exclamó con amargura. De la fé ¿en qué?

—De la fé en todo lo grande, en todo lo bello, en todo lo noble, en todo lo santo!... De la fé en Dios, en su justicia y en su misericordia.

—¿La fé es, pues, me dijo con un acento ligeramente irónico, la panacea universal que todo lo cura?

—Es el consuelo supremo de todos los males.

Me miró algunos instantes con fijeza, movió los labios para hablar, pero no dijo nada; sonrió dulcemente y me saludó, diciéndome al alejarse:

—¡Hasta mañana!

III.

Cuando mi extraña compañera de viaje desapareció, yo quedé solo, absorto, y asombrado de lo que había oído.

Yo conservaba en mi corazón las palabras de mi madre, aquellas santas palabras que eran el escudo que se había interpuesto entre mi corazón y los azares del mundo.

¡Ah! ¡Qué el corazón al formarse es rico de fé, de generosidad y entusiasmo, y la razón cándida y florida de la juventud no se convierte en escalpo frío que anatomiza la verdad de lo que cree!

¡Que trabajo tan ingrato y tan inútil!

¡Buscar la verdad en la duda, rechazar para admitirla... Esto es como buscar la luz en la sombra; peor aún, porque en la oscuridad puede rodar encendida la chispa eléctrica que ilumina momentáneamente; pero de la duda es imposible que brote la revelación.

Ante su aspecto frío y escéptico, mis sentimientos sencillos, preservados hasta entonces de todo choque, se despertaban; mi asombro era como una enérgica protesta: había en mí algo de esa repulsión instintiva del que sin saber aún lo que es un crimen, se avergüenza de oír hablar de él.

Aquella mujer me había impresionado de una manera extraña: hubiera deseado no volverla á ver, y anhelaba que llegase el nuevo día.

—¿Quién sabe, me dije, cuánto habrá sufrido para hablar así! ¡Qué hermoso sería volver á un alma la fé!...

Y pensando de una manera vaga en esta idea que acababa de concebir, miré hacia el sitio en que la viajera había estado.

Un pequeño objeto blanco llamó mi atención; me acerqué á él y le alcé.

Era un bonito pañuelo impregnado de un suave perfume; en una de sus puntas tenía algo bordado; procuré ver lo que decía, y á la pálida claridad de la noche leí este nombre: «Magdalena.»

¡Era sin duda el nombre de la viajera, y era también el de mi madre!...

La impresión que esta casualidad extraña produjo en mi espíritu, fué como una especie de perturbación que llevó á mi pensamiento las más raras quimeras.

Yo no sé dar forma á esos sueños de la fantasía que son una flotación misteriosa de irradiaciones brillantes; sombras que se condensan, horizontes que se ensanchan y anhelos que no se marcan sino como iniciación.

Sólo sé que al día siguiente, después de un sueño intranquilo, mi único pensamiento era ver á Magdalena.

¡Ah! Yo, inocente, creía tener el derecho de leer en aquel pensamiento, de llevar un poco del valor de mi corazón á aquel corazón frío, y transmitir algo de la frescura de mi alma al alma seca de aquella mujer.

Y es que la juventud, lo mismo que admite las más grandes virtudes, admite los mayores absurdos; por sencillez ó por vanidad, el hombre acepta siempre con gusto el

papel de protector en esa edad en que necesita él mismo ser protegido.

(Se concluirá.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

EL TEDIO.

O JEANDO, hace algún tiempo *El Eco del Tormes*, periódico que se publicaba en Salamanca hará unos tres ó cuatro meses, me llamó la atención un artículo, escrito en un estilo muy bello, y firmado por Sofía Tartilan, á la que no tengo el gusto de conocer personalmente, pero cuyo talento he tenido ocasión de admirar más de una vez en varios periódicos.

El artículo se titula *El Tedio*, y su primer párrafo dice así:

«Mil caracteres distintos reviste esta enfermedad moral que, teniendo su raíz en el alma, concluye por invadir el cuerpo, haciendo en la materia los mismos extragos que en el espíritu.

¿Qué es el tedio? Podrán acaso definirle aquellos mismos que lo sienten? ¿Habrá algún ser tan feliz que jamás se haya visto invadido por tan terrible dolencia? Descubrir el antídoto de este veneno lento y misterioso que mata la dicha, extingue la luz, amenigua el entusiasmo más ardiente, apaga la fé y enerva las fuerzas del alma, oscureciendo y anulando, una por una, todas sus facultades, debiera ser la tarea de tantos sabios y filósofos como se dedican diariamente á buscar en las profundidades del infinito, del ser y el no ser, del *yo* absoluto y el *yo* relativo, la dicha de la humanidad. ¿Qué es el tedio? Volveremos á preguntar nosotros, que hoy mismo le sentimos apoderarse de nuestro ser, al lanzarnos á ese abismo de sombras, de dudas, de vacilaciones, para caer después en la atonía más absoluta, en el marasmo más completo. ¿Es acaso la saciedad de todo? ¿Es quizá la carencia de deseos y aspiraciones? ¿Es por el contrario, una aspiración suprema hacia lo imposible, y por lo tanto, la conciencia de nuestra nulidad para llegar á él? He aquí el problema. ¿Qué es el tedio?»

Yo también deseo saber lo que es el tedio. El Diccionario de la Lengua nos dice que el tedio es «repugnancia, fastidio, molestia.»

No me satisface la explicación, pero meditaré sobre ella.

El abuso de una cosa, parece que debe traer en pos de sí, el hastío, y como consecuencia precisa el fastidio, y la repugnancia de que nos habla el Diccionario. Para abusar de las cosas, es necesario poseerlas con abundancia, de modo que sólo los ricos, por regla general, están expuestos á esa terrible enfermedad, que nunca, ó muy rara vez, ataca á los pobres, porque su imaginación y sus fuerzas están ocupadas constantemente en buscar el necesario sustento.

El labrador, el artesano, el jornalero, que tiene una madre anciana, una esposa querida, unos hijos amados, de quienes él es únicamente el sosten y la esperanza, pasará en ocasiones, penas y grandes trabajos, pero no conocerá nunca el tedio; al contrario, una alegría inmensa inunda su corazón, cuando al fin de la semana puede entregar á su mujer el fruto de sus afanes, y cuando en el buen tiempo, en las tardes del Domingo vá de paseo con su familia, y sentado á la orilla del río, ó en alguna verde pradera esmaltada de mil florecillas blancas, encarnadas y azules, hermosa alfombra fabricada por la mano de Dios para regalo y recreo de los pobres, vé á sus hijos triscando como corderillos, vé á su mujer fresca y encarnada como una rosa, extender la blanca servilleta sobre el verde césped, y sacar de la cestita de mimbrres que ha llevado á prevención, la sabrosa merienda compuesta de modestos, muy modestos manjares, pero los cuales estarán sazonados por la mejor salsa, que es un buen apetito; y cuando todos en santa paz, entre los gritos de alegría de los niños, las risas y las caricias de la madre, y las amonestaciones de la abuela para que estén quietos, se lanzan sobre la merienda como polluelos hambrientos que seguidos de la clueca, devoran el trigo que una mano previsora les arroja ¡qué placer! ¡qué alegría en los semblantes de todos!... ¡Con qué acento tan agradecido,—dice la an-

ciana contemplando á sus hijos y á sus nietos,—Bendito sea Dios, que tantos bienes nos concede!...

¡Oh! esta familia estoy segura que no sabe lo que es tedio.

Según esto, el origen del tedio debe estar sin duda, en la riqueza y en la ociosidad. La abundancia de medios para conseguirlo todo, y disfrutar de todo, hace que ese todo, se estime en nada. Entonces la imaginación enfermiza, sueña con otros bienes, con otras dichas mayores que las que ha gozado... y sólo encuentra el vacío... y sufre y quiere revelarse contra su destino; pero el bien que busca no le halla; todas sus riquezas y sus tesoros no pueden darselo, y entonces... muere ó se mata, como hacen muchos opulentos Lores ingleses cuando les ataca esa temible enfermedad que ellos llaman *spleen* y nosotros llamamos tedio.

Ahora bien, el origen de esa enfermedad ¿está en la ociosidad y en la riqueza?... ¡Ah! yo no puedo creerlo. Dios siempre justo y misericordioso, no puede haber condenado á los poderosos de la tierra á padecer tan espantoso azote. No, su origen no está ahí.

«¡Oh tedio!—exclama la Sra. Tartilan—¿Quién sería capaz de contar tus víctimas! ¿Quién buscaría tu origen! ¿Quién hallaría tu remedio!»

Al leer estas palabras, una voz interior resuena en mi alma, y me dice: ¿Cómo la distinguida escritora puede preguntar esto?... El origen del tedio es la falta de fé; su remedio, la caridad, el amor á Dios.

¿Quién ama á Dios? El catecismo nos responde con sublime sencillez.—El que guarda sus santos mandamientos.

¡Y qué mandamientos! ¿Qué doctrina!

«Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo. Viste al desnudo, da de beber al sediento, visita al enfermo y al preso, enseña al que no sabe, perdona las injurias por grandes que sean, ama á tus enemigos, consuela al triste, ruega por los muertos...» ¡Ah! quien practique todas estas cosas ¿puede jamás sentir el tedio? Si ciertos ricos que se aburren en medio de sus riquezas, meditasen en estos preceptos divinos se crearían pobres ante el ancho campo en que podían derramarlas. No se aburrirían en culpable ociosidad, porque tendrían la más grata de todas las ocupaciones, la de hacer dichosos á muchos desgraciados.

El Diccionario nos dice que tedio es repugnancia, fastidio, molestia, y á estas tres palabras, si yo fuera académico de la lengua, cosa que considero más imposible que el destruir la pícara enfermedad de que, estoy tratando, las sustituiría con estas otras: «Tedio, es la falta de las tres virtudes teológicas, Fé, Esperanza y Caridad, y de las cuatro cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.»

Hay un librito que desgraciadamente, no todas las personas leen, librito del cual ha dicho un celebre escritor francés, Lamartine, si no recuerdo mal, «que parece escrito por los ángeles para consolar á los hombres.» Cuando yo estoy triste, porque ¿quién es el que no está triste alguna vez en este mundo? abro este libro, y siempre encuentro en él lo que busco. El alma que lo lea con detenimiento no puede padecer el tedio. El libro se titula *La Imitación de Cristo*.

«Hijo—nos dice Jesús—el que me sigue no anda en tinieblas. Todos los hombres naturalmente desean saber, ¿pero qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios? Los hombres pasan: pero la verdad del Señor, permanece para siempre.»

«Yo soy el que enseña al hombre la ciencia, y doy más claro entendimiento á los pequeños que ningún hombre puede enseñar.»

«El no sentir alguna tribulación ni sufrir alguna fatiga en el corazón ó en el cuerpo, no es de este siglo, sino propio del eterno descanso.

«Busca la verdadera paz no en la tierra sino en el cielo, no en los hombres ni en las demás criaturas, sino en Dios.»

«Yo soy tu salud, tu paz y tu vida.» «Venid á mí todos los que tenéis trabajos y yo os aliviaré.»

«Mis palabras, espíritu y vida son.» Y el alma contesta: «Bendígote Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de mí...» «Cante yo cánticos de amor: sígate, amado mío; á lo alto, y desfallezca mi alma en tu alabanza alegrándome por el amor.»

¡Oh! quien pueda decir esto con el corazón, quien lo intente siquiera, no sentirá jamás el tedio.

El que no tiene fe mira el presente triste y penoso, el porvenir oscuro y lleno de sombras, porque le falta el mas hermoso de todos los bienes: la esperanza y como dice la señora Tartilan en uno de los párrafos del artículo á que me refiero, cuya lectura produce en el alma tristísima impresion:

«El alma estremecida presiente la llegada del tedio como adivina la paloma la proximidad del gavilán; como presienten las fieras del desierto la aparición del *simoun*; pero ménos feliz, no halla un abrigo en que refugiarse. ¿A dónde huir? A donde guarecerse? Acaso en la fe? En aquellos momentos en nada cree. ¿Lamará en su ayuda á la esperanza? Tampoco: porque nada espera, nada desea.»

Cuando veo un alma perdida en ese piélago tenebroso que se llama duda, siento un dolor profundo en el corazón, semejante al que sentiria si navegando yo en una fragata velera y hermosa, viera á lo lejos una barquilla con un pobre naufrago, próximo á perecer entre las agitadas olas. ¡Con cuánto anhelo suplicaria yo al que mandase la fragata, que dirigiese la proa hacia el desgraciado naufrago! Y si consiguiásemos salvarlo ¡que alegría!... mas si la mar potente más fuerte que nosotros nos lo arrebatase ¡oh! puede creerlo la señora Tartilan, yo lloraria por él como si fuera su madre ó su hermana.

Fragata velera y hermosa que está siempre dispuesta á afrontar las tormentas, y los dolores de este mundo, combatida, pero jamás vencida, es la fe. Frágil barquilla tripulada por un naufrago estenuado y sin fuerzas, perdido entre las negras olas de un mar borrascoso, es la duda. La fragata llega al puerto de la eterna luz; allí donde no hay sombras jamás, donde el bien es eterno y el mal desconocido. Allí donde se reasume en una sola frase, en un solo sentimiento, todo lo que el alma ha vivido anhelando: el eterno amor.

La barquilla que conduce al naufrago á dónde llegará?... La Omnipotencia divina acaso tendrá piedad de los que buscando la sabiduría, se extraviaron en las tortuosas sendas del error, por que no buscaron por norte las palabras de Dios, ni su excelso nombre; el cual semejante á la estrella que guió á los Magos al portal de Belén, á donde se dignó descender el Verbo divino, guía con su luz esplendorosa por el camino llano de la verdad y de la vida.

El alma creyente podrá exclamar alguna vez como la insigne doctora de Avila, gloria de nuestra patria: «¿Qué muerte habrá que se iguale á mi vivir lastimero?» pero el tedio, segun es en sí, y segun nos lo describe con tanta maestría la señora Tartilan, no lo sentirá jamás; porque en medio de la enfermedad que la aqueja, y que algunos han llamado con acierto *nostalgia del cielo*, el alma creyente tiene por sosten, segun he dicho ya, el más precioso de todos los bienes: la esperanza.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

Salamanca: 1878.

MEMORIA

SOBRE LAS PESQUERÍAS DE LAS ISLAS CANARIAS.

Traducida para el CÁDIZ del *Memorandum Frances*, por L. F. D.

La cantidad de pescado fresco y de merluza salada procedente de los países extranjeros, que se importa desde hace algunos años en España, se eleva á la enorme cifra de 35.000.000 de kilogramos, representando un valor de 17.500.000 francos.

Los derechos percibidos por la Aduana no son, pues, inferiores á la suma de 6.250.000 francos. Estos pescados, procedentes especialmente de Terranova, de Noruega y Escocia, llenan nuestros mercados.

Hasta que se firmó el célebre tratado de Utrecht, España habia tenido como otras naciones un derecho de pesca sobre los bancos de Terranova; mas desde cierta época, su derecho le fué retirado.

España posee, es verdad, á título de propiedad, esto no obstante, sobre la costa occidental de Africa, y en

el mar de las Canarias, las mejores y más abundantes pesquerías del mundo.

Tiene tambien en el Archipiélago Canariense, una isla de poca extension, conocida bajo el nombre de *La Graciosa*, dotada por la naturaleza de un puerto magnífico, nombrado *Canal del Río*, con todas las condiciones hidrográficas, climatológicas y etnográficas, para hacer fácil la conservacion del pescado destinado á su comercio.

Los viajeros y naturalistas más célebres que han estudiado las islas Canarias y la costa de Africa, están de acuerdo sobre el punto de que las pesquerías del Archipiélago Canariense son las más ricas del mundo, y que la isla *Graciosa* es de ellas la más favorable á la preparacion y salazon del pescado.

En el número de los viajeros y naturalistas que han preconizado el establecimiento de fábricas de salazon dentro de la isla *Graciosa*, podemos citar al célebre marino escocés George Glass, así como tambien á los sabios Barker-Webb y Sabin Berthelot (1).

Tambien existen, en los archivos del Ministerio de la Marina española, toda clase de reseñas, relativas á los rendimientos extraordinarios de la pesca en los parajes designados.

D. Ramon de Silva-Ferro, teniente de navio é ingeniero industrial, publicó en 1875 una obra importante sobre las pesquerías de las Canarias, con todos los documentos estadísticos y económicos que les eran concernientes.

Esta obra fué declarada de utilidad pública por el Ministerio de Marina, y su autor ha recibido como recompensa la cruz del Mérito Naval de segunda clase.

El 23 de Agosto de 1876, despues de un largo estudio, el Gobierno español concedió por un Decreto Real, á D. Ramon de Silva-Ferro un terreno sobre la costa de la isla *Graciosa*, que dicho señor habia solicitado para establecer fábricas de salazon y conservas de pescado, con los derechos de pesca más favorables á su industria.

El terreno concedido media una superficie de 1.980.000 metros cuadrados. Tenia 2.320 metros de longitud de Norte á Sur, 1.102 de latitud de Este á Oeste, y 3.000 metros, próximamente, á la *Canal del Río*; es decir, toda la parte accesible de la costa de la isla *Graciosa*, dentro de dicha canal.

Sobre este terreno seria muy fácil establecer ocho ó diez fábricas de conservas, con todos los edificios y localidades necesarias para los obreros y marinos de la empresa, así como para sus familias.

Doscientos barcos pescadores pueden cómodamente anclar dentro del *Canal del Río*, á corta distancia de la playa. Esto no obstante, pueden anclar tambien en él los barcos de mayor porte: el canal tiene una profundidad de 12 á 20 metros.

En todas las islas del Archipiélago Canariense, sobre tobre toda la costa occidental de Africa, es decir, desde la costa de Marruecos hasta el Cabo Blanco, sobre una extension de más de 800 millas, no existe ningun puerto que reúna las condiciones de seguridad y capacidad que se han encontrado en el *Canal del Río*, situado entre la isla *Graciosa* y la isla de *Lanzarote*.

Está distante 77 millas solamente de la costa de Africa, y por consecuencia admirablemente situada, para favorecer las relaciones comerciales con los habitantes de la costa marroquí, entre Mogador y el Cabo Bojador; pudiendo así establecerse y utilizarse los depósitos de carbon para los vapores que hacen la travesía entre Europa y el Cabo de Buena Esperanza.

El dinero que España ha empleado en los cien últimos años en adquirir del extranjero y comprar en otros mercados el bacalao salado, capitalizado al 5 por 100 anualmente, representa la suma colosal de 12.990.000.000 de francos.

Si las pesquerías canarienses-africanas estuviesen explotadas con método, y si se estableciese en la isla *Graciosa* las fábricas á propósito para la salazon y conservacion del pescado, España no tendria necesidad alguna de recurrir á los mercados extranjeros para sus necesidades en este ramo. Podria más bien, por sí mis-

(1) *Historia natural de las islas Canarias*, por los señores Barker-Webb y Sabin Berthelot, obra publicada bajo los auspicios de Mr. Guizot, Ministro de Instrucción pública (Francia) 5 vol. en folio.

ma exportar sus excedentes á un precio relativamente muy económico.

Es posible, pues, establecer, por medio de un capital de 1.975.000 francos una grande fábrica, así como todos los edificios necesarios, con ocho pequeños vapores de 50 á 80 toneladas, y ocho barcos á vela de 40 á 50 toneladas, con todo el material de pesca y los gastos ó dispendios de un año: es decir, para 1.364.700 francos por la instalacion y compra de material, y 610.375 francos por gastos ó dispendios de obreros, marinos, etcétera.

Se ha calculado el minimum de pescado recogido al día por cada barco, en 1.380 kilogramos, siendo de éstos 828 kilogramos propios para la salazon, y 552 kilogramos pescado menudo y detritus, destinados á la fabricacion del aceite (sain) y del guano.

Suponiendo que cada barco pesque durante 300 dias del año, los 18 barcos producirán 3.075.000 kilogramos de pescado para la salazon, que vendidos al precio de 38 francos los 100 kilogramos darian un producto anual de 1.510.500 francos.

Los dichos 2.649.600 kilogramos de pescado menudo y de residuos darian anualmente 522.000 kilogramos de guano, teniendo éste un valor de 13 francos por cada 100 kilogramos y produciendo por consiguiente 71.760 francos.

Esta cifra seria ciertamente repartida en la isla *Graciosa*, y es oportuno hacer observar que el precio del guano es actualmente en la comercial Inglaterra de 25 á 27 francos los 100 kilogramos.

Los aceites que podrian extraerse de los detritus del pescado ántes de reducirlos á ese estado, excederian de 46.000 kilogramos que á 82 francos los 100 kilos producirian 37.720 francos.

RESUMEN.

Producto bruto anual.	1.619.980 fr.
Gastos á la gruesa id.	610.375 »
Beneficio.	1.009.605 fr.

De esta suma habria tambien que deducir una reserva de 20 p. 3 sobre reparacion, uso ó servicio, intereses y amortizacion del material.

El asunto pues estudiado detenidamente sobre las bases de un capital de 1.975.000 francos podria ser explotado con la mitad solamente de esta misma suma, teniendo la facultad de aumentarla á medida de los beneficios de la produccion.

Una de las grandes ventajas que tendria el establecimiento de las referidas fábricas de salazon en la isla *Graciosa*, es la de que el pescado preparado en esta isla seria considerado como producto industrial español, y estaria por lo tanto exento de pagar derecho alguno de aduana.

La isla *Graciosa* está distante de Cádiz á lo sumo 575 millas, es decir tres dias de marcha de un vapor ordinario.

Las aguas del Archipiélago Canariense casi siempre en calma no dan que temer por temporales, y la pesca puede así efectuarse sin interrupcion por todo el año.

Con más datos y preciosos informes volveremos, próximamente sobre este importante asunto.

Cádiz (Puntales): 1878.

NOTICIAS.

Hemos recibido un ejemplar del acta de la sesion inaugural celebrada por la Real Academia de Ciencias y Letras de esta ciudad, el 27 del pasado mes.

La acompañan la notable Memoria reglamentaria del secretario Sr. Alvarez Espino, los brillantes discursos del Sr. Presidente de la corporacion D. Estéban Moreno Labrador y del Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, que presidió el acto, una lista de las obras recibidas en el archivo, las cuentas del último semestre y el escalafon de los señores académicos.

Agradecemos infinito el obsequio, y reproducimos, en la seguridad de agradar á nuestros lectores, el precioso discurso de nuestro digno Gobernador civil.

«SEÑORES:

Título muy señalado de honor constituye para mí haber presidido, en representacion de S. M. el Rey, el solemne acto que, con verdadero lucimiento, acabais de realizar.

Noble palenque es este donde se debaten los sazonados

frutos de la inteligencia, aplicada al desarrollo de las ciencias y de las letras que embellecen y abrigantan la vida; cuyas nociones son de todo punto armónicas con el excelso espíritu de la ley providencial para la perfección del hombre.

El honor y la gloria: la patria, el trono, la virtud, tienen hoy día, como en las edades heroicas, guerreros, sabios y poetas; paladines de la ciencia y de las artes dispuestos a sublimes acciones y generosos sacrificios.

Perseveremos, Sres., en esta hermosa senda del saber: que así como la palmera del desierto levanta orgullosa al cielo su cabeza de verdes y dorados frutos coronada, tal así el hombre puede elevarse, con su genio y con el sentimiento íntimo de rectitud moral, revelando aquel destello sublime, emanación de la divinidad, nimbo de luz que en el alma reside y nos inspira.

En esta Real Academia consagrada a la sabiduría: allí donde el genio practique un adelanto: en las controversias académicas, en los torneos de la inteligencia, en la apertura de los centros protectores de las artes, hoy, que entre todos los pueblos se ha establecido una noble competencia, una emulación honrosa de cultura, debemos contribuir al aumento del patrimonio nacional, legándolo mejorado a nuestros hijos.

Las grandezas de la edad pasada nos sirven de provechosa enseñanza y noble estímulo ante el porvenir.

Porque nuestra España, como Grecia en el siglo de Pericles, como Roma en el siglo de Leon X, como Francia en el de Luis XIV, tuvo su edad de oro en el Renacimiento. En aquel refulgente período de transición y de gloria: emporio de nobleza, de gallardas bizarrías y de talentos; en que se lidiaba y se vencía en Cerinola, Oran, Pavia, San Quintín y allende los mares; en que la victoria reposaba cansada sobre las banderas de Castilla, y el Sol jamás poníase en los dominios españoles, y la virginal tierra de América abría sus entrañas brindándonos el inagotable raudal de sus tesoros... Donde en más pacífica liza y con láuros no menos invictos, florecía una brillante pléyade de hombres eminentes, ornato y gala de la ciencia, de las letras y de las artes. Teólogos y pensadores como el Tostado, Simón Abril y Arias Montano... Historiadores como Perez de Hita, Florian de Ocampo, Zurita, Ambrosio de Morales y Mariana... Novelistas como Hurtado de Mendoza, y Cervantes... Cervantes, peregrino ingenio cuya fama se cernie esplendorosa sobre el mundo, hasta en sus más apartados continentes!... Poetas como Lope de Vega, Calderon, Moreto, Rojas, Alarcon y Tirso, el festivo fraile de la Merced, cuya pluma, sazónada de donaires, discurría maliciosamente en regocijadas comedias... Y otros muchos que sería prolijo enumerar. Edad en que las musas sonreían alborozadas desde la cumbre de nuestro Parnaso, a tanto galano decir a tanto genio!

Con la poderosa iniciativa de S. M. el Rey, que, deseoso de labrar venturas, esparce sus miradas amorosas y solícitas por todos los ámbitos de la Monarquía: cuya profunda simpatía es notoria hacia cuanto pueda contribuir a promover estímulos que produzcan inmediatos adelantos en la ciencia y en las letras: y así lo ha hecho ver y ha brotado espontáneamente desde su noble corazón hasta sus augustos labios en memorables actos académicos; habiendo también asistido al seno de esta ilustre corporación, cuya presidencia ejerce. Bajo el sereno imperio de la paz, venturosamente alcanzada, con fé y perseverancia de parte de todos, lograremos restablecer el esplendor de nuestra patria, símbolo un día de la grandeza y de la gloria; madre amorosa que nos dió aliento y vida en su privilegiado suelo.

¡Cádiz! ciudad culta y gentil, la de los preclaros hijos!—Que se alza gallarda como un cisne posado en los mares, cuyas ondas besan sus murallas.

¡Cádiz! cerebro, corazón y baluarte de libertades patrias durante la audaz invasión del capitán del siglo, conservó en aquel turbulento período, como las vestales de la edad antigua, el fuego sagrado de la moderna civilización que alboreaba, y el santuario de la inteligencia que, desplegando sus grandezas, aun en medio del fragor de la contienda, hacía gemir las prensas bajo el vigoroso acento de los legisladores; la voz reposada y severa del historiador, y el ritmo inspirado de los poetas.

Esta docta asamblea conserva, con veneración y prestigio, el culto tradicional a la ciencia y a las letras. Reciba por ello mi más sincera felicitación.

Como representante y delegado del Gobierno del Rey, os ofrezco, Sres. Académicos, mi más decidida cooperación para cuanto redunde en beneficio de los respetables intereses confiados a vuestra notoria ilustración y decidido celo.

En nombre de S. M. el Rey queda inaugurado el año académico de 1878 a 79.

Hé dicho.

Federico de Sava.

La empresa del teatro Principal, deseosa como siempre de ofrecer al público las novedades más notables que se

exhiben en los demás coliseos, ha contratado al célebre Mr. Gautier, pintor francés que con una rapidez admirable pinta a la vista del público un lindo boceto, y éste ha sido el acontecimiento teatral de la decena.

Hé aquí lo que dice el discreto revistero de *La Prensa*, cuyo estilo debe ser muy conocido de los lectores del *Cádiz*, de el artista y del suceso:

«Un lienzo encerrado en un ancho marco dorado y teñido de una conveniente imprimación, dando lienzo y marco una superficie de un metro de largo por noventa centímetros de ancho: hallábase desde que se abrió el coliseo suspendido en el vestibulo para que pudiese examinarlo a su sabor el público. Llegada la hora, dos mozos lo pasearon triunfalmente y al compás de la música por el patio; espectáculo que la parte aristocrática y juvenil de nuestro público quiso enaltecer con aplausos y bromas.

Advertimos a los artistas extranjeros, que en las más cultas ciudades de Andalucía, no gusta la prosopopeya ni se entiende mucho de retóricas; ciertas ceremonias, aunque parezcan exigidas por un principio de escrupulosidad de conciencia, de dignidad artística y hasta de justificación caballeresca, se hacen enojosas y se castigan con el ridículo, entre nosotros: es verdad que si no se ejecutan, suele tomarse pretexto en su falta para la crítica: pero ¿qué se le ha de hacer? Si el artista se vé cogido entre dos bur-las, échele la culpa al clima.

Pero dejemos esto y vamos a lo que aconteció.

Ya sobre la escena el cuadro, quitado el marco y montado el lienzo sobre el caballete, presentóse, pinceles y paleta en mano, el Sr. Gautier: éste ofrece una figura distinguida, caracterizada por su ancha frente y su abultada cabellera: es alto, delgado y simpático: saludó cortesmente, mostró vacío el marco para indicar que el lienzo colocado sobre el caballete era el único aprisionado en la dorada moldura, indicó con su reloj a los espectadores que podían tomar la hora, y empezó su prodigiosa creación con una rapidez pasmosa, por el cielo, a semejanza del Eterno cuando hizo el mundo.

Una primera pincelada de aurora, otra de azul y unos brochazos grises, dieron por resultado una tarde extendida por el espacio: sobre ella, limitándola por la parte inferior, apareció bien pronto una costa ondulante con la redondeada línea y el vagaroso color de lejanas montañas.

Después, separando la tierra de las aguas, apareció el plateado cristal de un golfo, cuyo primer término sombreaban unos oscuros peñascos. Faltaban en el horario dos minutos para hacer el hombre: el panorama estaba iluminado, pero muerto; pedía, pues, el prodigio de la vida. Bien pronto sobre las piedras aparecieron Adán y Eva en figura de mariscadores, y sobre la tranquila superficie de las aguas algunas pequeñas embarcaciones que señalaban la presencia del señor de los mares y rey de la creación.

Acababa de consumirse el último segundo, pero el prodigio quedaba realizado. Un frenético aplauso premió al nuevo creador, que fué llamado a la escena para recibir las demostraciones entusiastas y merecidas de un público amante de los milagros y de los artistas de habilidad.

Pocos minutos después, allí donde mismo aparecía antes el lienzo en blanco, se mostraba a la concurrencia la portentosa hechura del talento y la destreza. Los desconfiados podían tocar el prodigio; los inteligentes apreciar el gran mérito relativo, los maldicientes morder en aquella obra sorprendente de ingenio y de arte.

El espectáculo que ofrece el Sr. Gautier, es a un tiempo agradabilísimo é interesante; todos tienen que admirar en él y no pocos que aprender. Esperamos que los artistas pintores que en la noche del *debut* brillaban por su ausencia, acudan a rendir tributo al compañero y al prodigio, y que el público, que todo lo mira con desden, como el Balasar de la Biblia, se acerque a ver lo que cuesta mucho, aunque se le dá por poco.

Las comedias puestas en escena son en su mayor parte repetidas, y ya hemos dicho cuánto se distinguen los actores en su ejecución.

La única nueva fué *No contar con la huésped*; y aunque muy bien presentada no agradó al público la comedia, por lo cual nada decimos de ella.

Felicitemos a nuestro distinguido amigo el general Velasco, comandante de la plaza de Ceuta, por el acierto y oportunidad con que ha deshecho los proyectos de conspiración que allí se formaban.

Segun los periódicos de Granada, el joven director de nuestro ilustrado colega *El Universal*, pintó en cuatro minutos y medio una marina de las mismas dimensiones de los cuadros de Mr. Gautier, a la vista del Ayuntamiento y un numeroso público invitado para esta prueba. Lo mismo que ha hecho D. Luis Seco de Lucena, en Granada, nos anuncian que hará en Sevilla D. Alfonso Barradas, que a instancia de sus amigos se presentará a pintar en cinco minutos en el teatro del Duque.

Jamás hemos dudado que un pintor, teniendo preparado lienzo y colores pueda, como Mr. Gautier, hacer un boceto en algunos minutos, pero hay que conceder al artista francés la originalidad de la invención. El hecho en sí, sólo requiere gran práctica y agilidad, pero la idea de utilizar estas dotes sorprendiendo con ellas es lo que el público aplaude. Digna de encomio es también la prueba que nos dan los pintores andaluces de poseer estas condiciones.

La *Sociedad dramática* formada por distinguidos jóvenes aficionados de Cádiz, celebrará en breve otra función en la cual la acompañarán las actrices Srtas. Genovés, Selma y Carrión.

Auguramos un éxito a la ilustrada sociedad.

Segun nos dice un periódico local, el Sr. D. Luis Abarzuza, que forma parte de la *Sociedad dramática*, a que ántes aludimos, tiene terminada, y en breve se pondrá en escena una obra dramática que se titula *El anillo del soldado*. Deseamos con impaciencia conocerla.

Han llegado a Cádiz, y hemos tenido el placer de saludarles en esta redacción, el general Sr. Reina y los brigadieres Sres. Ayroquia y Rojí, los cuales han recibido grandes muestras de afecto de esta culta ciudad. El brigadier D. Angel Rodríguez de Quijano y Arroquia, es el ilustre autor de la magnífica obra traducida a varios idiomas, y premiada diferentes veces, *La guerra y la geología*, y de otros muchos libros científicos.

Lamentamos que sea tan breve la estancia entre nosotros de tan distinguidos Ingenieros.

Rogamos a los señores que gusten tomar parte en el billete de lotería de Navidad que jugará el CÁDIZ, lo avisen con tiempo a esta Dirección, expresando la cantidad que en él quieran llevar.

ANUNCIOS.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES
DE OLANO, LARRINAGA Y COMP. A



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

AURRERA

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Diciembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase a su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 4.